



Kwaidan

y otras leyendas y cuentos fantásticos de Japón

LAFCADIO HEARN

Lafcadio Hearn nació en 1850 en la isla jónica de Léucade, identificada por algunos arqueólogos como la original Ítaca de Homero. Su padre, comandante de la Marina Británica, estaba destinado en las islas griegas. A los diecinueve años, Lafcadio viaja a Cincinnati, a casa de unos parientes, y allí llevará una vida bohemia y llena de penurias. Fue reportero de sucesos del Cincinnati Daily Enquirer antes de trasladarse a Nueva Orleans, donde vivió diez años como corresponsal de prensa. Hearn publica brillantes artículos costumbristas e historias sobre el misterioso culto Vudú. En 1887 aparece su miscelánea «Some Chinese Ghosts» y viaja a La Martinica como corresponsal. En 1890 se traslada a Japón, donde se casa y se instala definitivamente. Hearn se nacionalizó japonés y adoptó el nombre de Yakumo Koizumi. En este último periodo publicará sus obras más conocidas, y con ellas, como dijo Lovecraft, «cristalizará con incomparable habilidad y delicadeza las espeluznantes tradiciones y las leyendas que se susurran en aquella nación tan pintoresca».

Este volumen reúne por vez primera en nuestro país el grueso de los relatos japoneses de fantasía y terror de Lafcadio Hearn, escogidos cuidadosamente de entre sus principales obras del periodo japonés: «En el Japón fantasmal» (1899), «Sombras» (1900), «Miscelánea japonesa» (1901), «Kotto» (1902) y «Kwaidan» (1903).

El lector encontrará en esta amplia antología desde relatos clásicos del kabuki más terrorífico, como "Un karma pasional", hasta pesadillas macabras como "El jinete de cadáveres"; venganzas sobrenaturales implacables como "De una promesa rota", digresiones oníricas como "El devorador de sueños", apuntes de genuino horror cósmico como el alucinante "Fragmento", o "La historia de Mimi-Naishi Hoichi", una de sus más famosas narraciones espectrales.

LOS ESPECTROS DE LAFCADIO HEARN

Jesús Palacios

... Me estoy paseando sobre un pavimento de granito que retumba igual que el hierro, entre construcciones de granito, bañadas por la clara y despejada luz de la Luna. Las sombras son cortas y agudas. No hay en el aire, brillante y cálido, el menor ruido ni movimiento. El único sonido que se percibe en la calle es el sonido de mis pasos, raramente cansados. De súbito, llega hasta mí una extraña sensación, con una especie de sacudida hormigueante, desazonadora, una sensación o sospecha de la ilusión universal... El pavimento, las moles de piedra tallada, los rieles de hierro y todas las cosas visibles ¿no son más que sueños!... La luz, el color, la forma, el peso, la solidez, todas las existencias concebidas ¿no son sino fantasmas del ser!... Manifestaciones, única y exclusivamente, de una espiritualidad infinita, que no puede expresar el lenguaje de los hombres ¿porque carece de palabras para ello!...

LAFCADIO HEARN, "Las dudas finales",
en *El romance de la Vía Láctea* (1905)^[1].

No es extraño que un hombre eminentemente paradójico como Lafcadio Hearn, tan atraído por lo sobrenatural y místico como profundamente escéptico y seguidor de las ideas de Herbert Spencer, se sintiera, también y al tiempo, sedu-

cido por el budismo en particular y la espiritualidad oriental en general. En la concepción búdica de la existencia (o, por mejor decir, de la «no-existencia») es posible encontrar los útiles necesarios para una presunta conciliación entre los supuestos racionalistas y materialistas de la ciencia moderna, especialmente de la física, la biología evolucionista y la cosmología, y una cierta visión trascendente, metafísica, del Universo y el Ser. No es una visión tranquilizadora para un occidental. Mucho menos para un caballero anglosajón de la segunda mitad del siglo XIX, educado en instituciones religiosas y de buena familia... Pero Lafcadio Hearn no era ninguna de estas cosas. Al menos en sentido estricto. Nacido en las Islas Griegas, con sangre mediterránea y céltica a partes desiguales corriendo por sus venas, tuerto y al final de su vida casi ciego, este extraño viajero entre mundos, que acabaría sus días, bajo el exótico nombre de Koizumi Yakumo, en otra isla mucho mayor que aquella en que viera la luz, se convirtió en el vehículo privilegiado de ese universo espectral que convive junto al nuestro, tan real —o tan ficticio...— como el que nos rodea cotidianamente, pero que tan solo puede manifestarse ante nosotros en contadas ocasiones, gracias, precisamente, a la existencia de seres como Hearn, dotados, para su grandeza y desdicha, de la capacidad de abrir las puertas que separan al uno del otro.

Perseguido por fantasmas personales, acosado por la herencia de un tortuoso pasado familiar, Lafcadio Hearn acabó por encontrar en los espectros de un país lejano y en la herencia ajena de una raza y un pueblo extraños, la fuente inagotable para su genio peculiar, convirtiéndose en uno de los primeros blancos en introducir la cultura japonesa en Occidente y, al mismo tiempo, en maestro de la literatura fantástica de dos mundos tan distintos como condenados a entenderse. Pionero del cuento de fantasmas japonés, sólo podía serlo en su lengua paterna, el inglés, pese a lo cual inspiró a intelectuales y literatos nipones modernos la necesidad de rescatar su tradición fantástica y espectral. Tan sin-

gular es la posición de Hearn en la historia de la literatura, que a día de hoy resulta difícil, si no imposible, asegurar que sus clásicos relatos sobrenaturales lo son de la literatura fantástica japonesa o de la inglesa. En el fondo... ¿a quién le importa?

1. El hombre

Patrick Lafcadio Hearn —o como aparece en algunos viejos papeles de su familia, Patricio, Lafcadio, Tessima, Carlos Hearn—, nació el 27 de junio de 1850 en la isla jónica de Léucade —también conocida como Leukás o Lefkáda, entre otras traducciones, y que le prestaría su patronímico favorito—, rebautizada como Santa Maura durante su ocupación por la República de Venecia en la Edad Media, nombre que conservó hasta bien entrado el siglo XIX. Una pintoresca pseudo-isla, pues está unida por un angosto brazo de tierra al continente, que tiene en su histórico haber el suicidio de la poetisa Safo, quien se arrojó al mar desde sus acantilados, y ser identificada por algunos arqueólogos como la original Ítaca de Homero, patria de Ulises. Una cuna, pues, más que adecuada para un hombre obsesionado por los mitos, el pasado y la presencia fantasmal de lo ancestral.

Su padre era el cirujano comandante de la Marina Británica, Charles Bush Hearn, destinado en las islas durante la ocupación inglesa, de familia con profunda raigambre irlandesa y sajona, profundamente dividida también entre una rama protestante y otra católica. Su madre, Rosa Antoniou Kassimatis, provenía de la nobleza griega de Citera, la isla de Afrodita. Habían contraído matrimonio, según los ritos de la Iglesia Ortodoxa, un año antes, estando ella embarazada de un primer hijo que fallecería pocos meses después del nacimiento de Lafcadio. En circunstancias tan apuradas y novelescas, Charles Hearn recibió órdenes de incorporar-

se a un nuevo destino en las Indias Occidentales, por lo que decidió enviar su familia a Inglaterra, temiendo por su posición y ante la reacción contraria al matrimonio mostrada por su familia, no había comunicado a sus superiores el enlace ni el estado de su esposa. En 1852, Rosa y el pequeño Lafcadio llegaron a Dublín, para instalarse en casa de la madre de Charles, Elizabeth Holmes Hearn, perteneciente a la parte protestante de la familia. La infancia de Lafcadio parece a ratos arrancada de entre las páginas de un melodrama victoriano, con apuntes de Stevenson pero más cerca de Dickens, al igual que las turbulentas relaciones de sus padres semejan algún trágico romance gótico de las Hermanas Brontë.

En el frío y lluvioso Dublín, la Rosa mediterránea languidece y se deshoja. El gélido clima no lo es sólo atmosférico, sino también familiar. Su madre política no ve con buenos ojos a la extraña oriental que ha secuestrado a su hijo, menos aún su incapacidad para hablar inglés o su extraña religión. La madre de Lafcadio sólo encuentra refugio en la hermana de su suegra, Sarah Holmes Brenane, convertida al catolicismo y que abre sus brazos a la expatriada, cuyas creencias y ritos están más cerca de sus propias convicciones religiosas. Cuando en 1853 Charles Hearn regresa con un permiso por motivos de salud, está claro que su matrimonio se halla completamente deteriorado, al borde del desastre. Pronto vuelve al servicio como médico militar, esta vez en Crimea, pero no sin antes dejar de nuevo embarazada a su entristecida esposa, presa cada vez con más frecuencia de ataques de nervios y depresión. Imaginemos aquí breves, violentas y tórridas escenas de pasión erótica teñida de desesperación, quizá el último intento de un torpe militar británico por conservar a su exótica mujer de tierras cálidas y lejanas... Aliviado secretamente por el casual reencuentro con su primer amor de juventud, Alicia Goslin, que tendrá consecuencias.

A su vuelta tres años más tarde, Charles descubre que Rosa ha huido a Citera, su isla de nacimiento, donde ha dado a luz un nuevo retoño, Daniel James Hearn. Lafcadio ha quedado atrás, al cuidado de Sarah Brenane. Por interés mutuo, y acogiéndose a un providencial error de forma, el tempestuoso matrimonio queda anulado. Casi de inmediato, la bella Rosa contrae segundas nupcias con un influyente caballero de origen italiano, Giovanni Cavallini, que llegará a gobernador de una de las Islas Jónicas, y quien pone como condición a su esposa que deje la tutela de sus dos hijos en manos del primer marido, a lo que esta no parece oponerse con mucho empeño. El pequeño Daniel James es enviado a Dublín con su padre, mientras su hermano mayor permanece en Tramore junto a su tía abuela, quien ha desheredado a Charles al conocer la anulación de su matrimonio, pese a lo cual es nombrada tutora permanente de Lafcadio. Termina aquí la primera parte de esta tragedia sentimental victoriana con todos sus ingredientes al completo: matrimonio apasionado entre sendos representantes de razas y culturas tan distintas como opuestas, amargo exilio de una flor exótica en medio del gélido clima norteño, reencuentros pasionales y rupturas no menos apasionadas, herencias en disputa y disputas religiosas... Como si quisieran borrar por completo este pasado tormentoso, tanto Charles como Rosa no sólo se separan, sino que abandonan prácticamente a su suerte los frutos del malhadado romance, sin preocuparse apenas por ellos.

El destino se empeña, sin embargo, en seguir burdamente los renglones torcidos de un folletín barato: Rosa Cavallini, tras tener cuatro hijos de su segundo marido, acabará sus días demasiado apropiadamente, internada en el Asilo Mental de Corfú. Charles Hearn contrajo matrimonio en 1857 con su amada Alicia, tan británica como él, a quien llevó consigo a su nuevo destino militar de Secunderabad, en la India, donde tuvieron tres hijas —una de las cuales llegaría a mantener muchos años después una larga amistad

con Lafcadio, si bien tan sólo epistolar— antes de la prematura muerte de esta en 1861. Cinco años después, durante el viaje de regreso a Inglaterra, Charles Bush Hearn fallecía en medio del Canal de Suez, víctima de las fiebres. Lafcadio no volvió a ver nunca a ninguno de ellos desde que cumpliera apenas seis o siete años de edad, pero sin duda heredó mucho de ambos. Sus espectros desconsolados le perseguirían a lo largo de toda su vida.

Al cuidado de su muy católica pero entregada tía abuela, Lafcadio comenzó una peregrinación por varias instituciones y colegios igualmente católicos, entre Irlanda, Inglaterra y Francia, donde cursaría estudios en la escuela eclesiástica de Yvetot. De carácter rebelde e individualista, aquejado ya de miopía entonces, el pequeño Lafcadio desarrollaría pronto un instintivo odio hacia el dogmatismo y la religión cristiana, especialmente hacia los jesuitas, que no le abandonarían nunca del todo, aunque se matizara un tanto en sus últimos años. Enamorado de Francia y su idioma, también sentiría una especial inclinación por la literatura francesa, que le sería de cierta utilidad en el futuro, cuando se dedicara ocasionalmente a traducir al inglés la exquisita prosa de algunos de sus autores favoritos, como Gautier, Flaubert o Pierre Loti. A los dieciséis años sufre el accidente, probablemente una pelea, que le causará la pérdida total de visión en el ojo izquierdo, durante su estadía en el seminario católico de Ushaw, en la Universidad de Durham, en el Noreste de Inglaterra. Su ojo deforme se convertirá también en un severo trauma psicológico que le causará un lógico complejo respecto a su aspecto físico: siempre se fotografiará del «lado bueno», y sus amigos y conocidos le recordarán siempre también tapándose o disimulando involuntariamente su perfil desfigurado. Amante por encima de todo de la belleza, su propia deformidad se convierte en signo inequívoco de la crueldad de una realidad que se niega a plegarse a las aspiraciones y deseos del arte.

Mientras descubre la mitología de su patria chica, dejándose arrastrar por el hechizo de dioses y héroes griegos, cultiva su francés y se declara pagano y panteísta, permanece ignorante de las intrigas dickensianas que siguen tejiéndose a su alrededor. Su querida tía abuela, Sarah Brenane, no sólo está muy disgustada por las tendencias poco católicas de su ahijado, sino que ha caído bajo el encanto de un personaje peculiar, que despide también un añejo aroma a villano victoriano: Henry Molineaux, un pariente, primo lejano del padre de Lafcadio, que se ha convertido en consejero de finanzas de la anciana, consiguiendo prácticamente privar de su herencia al ingenuo adolescente. Las inversiones de Molineaux están a punto de arrastrar a todos a la ruina, a consecuencia de lo cual Lafcadio deja de recibir su estipendio y es enviado temporalmente a Londres, a casa de la antigua ama de llaves de su tía abuela. Allí, desatendido por el matrimonio que debía hacerse cargo de sus necesidades, se dedica a vagabundear por la increíble urbe, pasando hambre por vez primera pero no última, recorriendo librerías y museos, contemplando también la podredumbre y corrupción reinantes en la gran ciudad industrial. Nunca amaré las desmedidas capitales modernas, ni siquiera el Tokio de la Era Meiji donde irá a morir, añorante siempre de sencillos paraísos perdidos como la villa costera de Tramore, en el Sur de Irlanda, o la pequeña ciudad de Bangor, en el Norte de Gales, donde pasara algunos de los mejores días de su infancia, cuando era querido y mimado por la señora Brenane.

Progresivamente recuperado de sus pérdidas, y con control total ya de los bienes y posesiones de una Sarah Brenane debilitada por su avanzada edad, Molineaux decide deshacerse definitivamente del molesto adolescente rebelde, que puede suponer algún día un problema en lo referente a los bienes de su anciana tía abuela. Pero tranquilos, no hace secuestrar a Lafcadio y arrojar su cuerpo sin vida al mar, o le obliga a embarcarse hacia algún lejano país,

habitado por extraños nativos de no menos extrañas costumbres (eso ya lo hará él mismo mucho después). No. Aunque sí hace algo que se parece mucho: en 1869 le compra un billete sólo de ida para Nueva York, con instrucciones de dirigirse después a la ciudad de Cincinnati, donde deberá localizar el hogar de la hermana de Molineaux y su esposo, quienes teóricamente le ayudarán a encontrar trabajo. ¡Vaya al Oeste, joven! Y allí se fue. Difícil, rebelde, acomplejado y arrastrando tras él los espectros de una infancia abandonada y una posición económica y social usurpada, Hearn no encontró demasiada ayuda en la familia Cullinan, pero posiblemente tampoco la esperara ni se rebajara a pedirla.

Cincinnati, la Reina del Oeste, como era conocida por aquel entonces, era la ciudad de mayor y más rápido crecimiento en los todavía jóvenes Estados Unidos. Situada en el interior, lejos de la costa y en la frontera con Kentucky, su variopinta población incluía una buena cantidad de emigrados de origen alemán, que seguían hablando su idioma, y un gran número de antiguos esclavos recién liberados, que continuaban sin embargo malviviendo en los márgenes de la sociedad (y del río Ohio), en medio de la pobreza y el racismo. También era una ciudad de grandes teatros, periódicos de renombre, salones de juego y agitada vida social, pero con apenas cinco dólares en el bolsillo, Lafcadio volvió a encontrarse, como en Londres, malviviendo en fondas de poca monta, durmiendo a veces al descampado con el estómago vacío, haciendo trabajos ocasionales como repartidor... Hasta su encuentro con el impresor Henry Watkin, un viejo comunista utópico inglés, con un negocio editorial no muy boyante, pero sí lo suficiente para dar cobijo y comida a aquel joven inglés, irlandés, griego o lo que fuera, con hambre insaciable no sólo de alimento, sino también de literatura y conocimiento.

Watkin y Hearn establecerían una profunda amistad que duraría prácticamente toda la vida, algo muy raro para el

carácter caprichoso, cambiante y extremo del escritor, a quien su nuevo mentor no sólo dio a conocer los libros e ideas de Fourier, Noyes y otros pensadores utópicos, sino que también le rebautizó amistosamente como *The Raven* (El Cuervo), en honor a Edgar Allan Poe, favorito de ambos, y cuya influencia sobre Hearn es más que evidente. El Cuervo, completamente decidido a dedicarse a la literatura de una u otra forma, frecuenta la inmensa biblioteca pública, lee con fruición y comienza a publicar en diarios y revistas gratuitos, hasta conseguir, poco a poco, hacerse un cierto nombre, que le llevará a conseguir finalmente trabajo como reportero periodístico en el *Cincinnati Daily Enquirer*, uno de los dos diarios principales de la ciudad. Sin hacerle ascos a casi nada, se convierte en especialista de la sección de sucesos, cubriendo con estilo fresco y novedoso los asesinatos y crímenes del momento, haciendo aumentar inesperadamente la venta del periódico. Su seguimiento del infame caso conocido como «The Tanyard Murder» —el asesinato de la curtiduría— le convierte poco menos que en reportero estrella, consiguiendo un aumento de sueldo. Es un buen momento para el joven Hearn, que emprende la publicación de un semanario satírico junto a su amigo, el pintor Henry Farny, con el nombre de *Ye Gliglampz*, que durará sólo nueve escandalosos números. Pero los espectros no descansan, y su sombra empuja nuevamente al periodista y literato en ciernes hacia el desastre: en junio de 1874, con veintitrés años, contrae matrimonio con la joven cocinera de la pensión donde reside, una muchacha de veinte, de nombre Alethea Foley, conocida como Mattie y... ¡negra!

Es poco menos que imposible imaginar hoy el desafío que representaba casarse con una mujer de origen africano en la sociedad anglosajona del siglo XIX, pese a tratarse de una ciudadana libre y haberse derramado la sangre de miles de norteamericanos para, al menos en teoría, conseguir la abolición de la esclavitud. No es sólo que el acto de

Hearn desafiara directamente las leyes del Estado de Ohio, que prohibían el matrimonio mixto, sino que su enlace le convertía prácticamente en un monstruo humano. Un individuo perverso y decadente, que confirmaba ahora con hechos sus públicas ideas anticristianas y paganas, así como su dudoso comportamiento moral, que le había llevado a frecuentar la compañía de mulatos, negros y gentes humildes, atreviéndose incluso a reivindicar su cultura, tradiciones y lenguaje popular como forma de arte. No se trataba, en absoluto, de que el periodista no pudiera mantener relaciones sexuales o sentimentales con una o varias mujeres negras, lo que era bastante común, por supuesto. Sino de que lo hiciera público y pretendiera además consagrarlo socialmente a través del matrimonio. La propia Mattie quedó asombrada ante la audacia de su joven y feo amante. Ningún efecto surtieron los consejos de amigos y colegas, salvo el contrario, por supuesto. Aunque hubiera de arrepentirse en el futuro, Lafcadio no estaba dispuesto a repetir la infamia de su progenitor, quien ocultara a sus superiores su matrimonio con una nativa griega, dejando que la oposición familiar acabara destruyéndolo. Como si desafiara el fantasma de aquel padre que no había sabido llevar hasta las últimas consecuencias su romance, contrario a la costumbre y los prejuicios de su tiempo, el hijo iría aún más lejos. Hearn no se limitaría nunca a una simple reivindicación literaria de los negros americanos, amparándose en el costumbrismo y el folklore, porque para él, con absoluta sinceridad, lo negro era hermoso. Alethea Foley merecía convertirse en su mujer, con todos sus derechos reconocidos a plena luz del día.

Lamentablemente, la vida volvía imitar sin imaginación alguna los esquemas del melodrama más manido: Alethea, la dulce Mattie, que había cuidado amorosamente al escritor en su enfermedad, preparándole sabrosos platos africanos con todo su cariño y pasión picante, resultó ser una mulata, «criolla» o *créole*, como se prefiera, de armas to-

mar. La relación fue inevitablemente tumultuosa, con violentas discusiones, rupturas y reconciliaciones, que acabaron en 1877 con el divorcio de la pareja. Para ese entonces, desde luego, Lafcadio había sido ya despedido del *Daily Enquirer*, gracias a la presión ejercida por algunos ministros religiosos y destacadas figuras públicas locales, ofendidas tanto por el matrimonio de su colaborador como por sus escritos anticlericales y su defensa de los usos y costumbres de razas inferiores.

No nos llamemos tampoco a engaño. Lafcadio Hearn no era un pionero de la igualdad racial o un activista de los derechos civiles *avant la lettre*, al menos tal y como ahora lo entendemos. A menudo se arrepentiría de su decisión, y como hombre de su tiempo, influido por las ideas sociales y culturales de Spencer y otros evolucionistas, seguiría en muchas ocasiones principios filosóficos e ideas que hoy nos resultan prácticamente racistas. Pero, por encima de todo, era un rebelde. Un artista sincero, honesto consigo mismo... Y el patito feo huérfano y abandonado a su suerte por una sociedad victoriana llena de prejuicios, hipocresía y beatería a la que odiaba con toda su alma. Por ello no le bastaría jamás sólo con rescatar, conservar o dar a conocer el acervo cultural de las razas de color —negro, amarillo o cualquier otro—, sino que se vería empujado siempre a respaldar con sus actos y declaraciones públicas su dignidad. Su importancia como individuos, como seres humanos de sociedades y culturas diferentes, con valores incluso superiores a los de aquella sociedad blanca, progresista e imperialista que, por desgracia, parecía destinada a conquistar y sojuzgar de forma inevitable al resto.

Pese a todo el escándalo, o quizás también gracias a él, Lafcadio encontró rápidamente trabajo en el diario de la competencia, *The Cincinnati Commercial*, con tal éxito que sus antiguos jefes intentaron que retornara al *Daily Enquirer*, sin conseguirlo pese a sus ofertas de un sueldo mayor. Hearn nunca puso precio a su dignidad, lo que a menudo

le saldría bien caro. Durante su trabajo en el *Commercial*, gozando de mayor libertad, Lafcadio se dedicó tanto a frecuentar las riberas del río y los barrios de negros y criollos como a dar buena cuenta de sus andanzas en sendos artículos y reportajes, convirtiendo sus crónicas en las primeras descripciones literarias fiables de la vida de los descastados sociales y los ciudadanos de color en una gran ciudad estadounidense. Recopilaba canciones, cuentos y costumbres de los hijos de África, mientras por las noches se dedicaba a la lenta y primorosa traducción de algunas obras de sus escritores franceses favoritos, entre ellas, significativamente, la exquisita *nouvelle* fantástica y ocultista *Avatar*, de Théophile Gautier. Pero Cincinnati, como todas las grandes urbes, llenaba de hastío a Hearn. Su amor hacia la negritud y la vieja Europa le había abierto el apetito por un nuevo horizonte, quizá el más exótico que podía encontrar sin abandonar los Estados Unidos: Nueva Orleans. Hacia allí partió de nuevo, huyendo en buena parte de su desastre matrimonial, convertido en corresponsal en Luisiana del *Commercial*.

Durante los diez años que residió en la capital del Sur, desde su llegada en 1877, Lafcadio Hearn pasó de ser un reportero avezado y arriesgado, un bohemio irredento, adicto a provocar el escándalo entre biempensantes y puritanos, a convertirse en un auténtico escritor. En Nueva Orleans encontraría, al principio titubeante, cada vez de manera más y más firme, una voz propia, impregnada por la influencia de los maestros franceses y la omnipresencia de Poe, y fundamentada en una característica recreación de materiales ajenos, anónimos, clásicos y populares, que se apropiará elegantemente hasta convertirlos en propios. Algo que para ciertos críticos constituye la prueba de su carencia de originalidad e inventiva, cuando, en realidad, resulta ser todo lo contrario: un rasgo de genio singular y distintivo, netamente moderno, que cuestiona proféticamente el concepto de autor y de autoría. Como otros decadentes

y simbolistas, Hearn recurre al mito y la leyenda para reencontrar un arte inmortal y atemporal, firmemente unido a las raíces de la humanidad. Una Tradición que es múltiple en su variedad y única en su significado final: la presencia e influencia intangible pero ineludible del pasado más remoto. La herencia de millones de vidas, pensamientos y actos desaparecidos hace incontables eones, pero cuyo eco da forma y sentido a nuestras vidas, pensamientos y actos del día a día. Los muertos no se han ido nunca. Y su voz parece encontrar en Hearn al intérprete perfecto que sabe transmitir sus verdades, bellas y terribles al tiempo.

En Nueva Orleans, Hearn se dejaría arrastrar plácidamente por la indolencia tropical, al mismo tiempo que por la melancólica evanescencia de una cultura mestiza, la de la aristocrática sociedad *créole*, que hundía sus raíces en continentes tan viejos como Europa y la mismísima África y se encontraba ya en vías de extinción. Razón de más para despertar la fascinación de un hombre eternamente nostálgico de un indefinible *je ne sai quoi*. Pero eso no quiere decir que la húmeda y cálida ciudad frenara su actividad literaria, sino más bien lo contrario. Colaborando primero para el *Daily City Item* y el *Times Democrat*, sus brillantes escritos, costumbristas y fantásticos al tiempo, acabarían llegando rápidamente hasta publicaciones de carácter nacional, como el *Harper's Weekly* o el *Scribner's Magazine*. A pesar de su vista deficiente, Hearn se dedicó también a ilustrar personalmente con grabados en madera muchos de sus textos, acompañándolos de estampas que recogían fielmente escenas del modo de vida pintoresco y en ocasiones agonizante de los no menos pintorescos habitantes de La Luisiana, afición que debió abandonar finalmente debido a sus problemas oculares. Continuó traduciendo autores franceses, consiguiendo por fin editar algunas de sus versiones de Nerval, Anatole France, Gautier, Maupassant o Loti, con buena acogida en los círculos más modernos. De este periodo datan obras pioneras del estudio etnográfico del folk-